

## La promoción médica madrileña de 1908

Doctor JULIO ORTEGA PEREZ

Decano del Cuerpo de Subdelegados de Medicina.

### AÑORANZAS

HAN transcurrido veinticinco años desde que festejamos otros tantos de ejercicio profesional más de las dos terceras partes de la promoción de 1908. Reunirlas fué obra meritoria de Rafael Díaz Carmena, quien, como todos sabéis, supo vivir jovialmente y sufrir, cuando fué menester, con dignidad; y del que yo sé que supo también morir con entereza. Dedicuémosle un recuerdo fervoroso. Le secundó eficazmente en aquella empresa José Martín Enríquez («el Crío»), que la bondad de Dios mantiene entre nosotros. Como hoy, yo apostillé el acto con palabras emocionadas.

Era un día luminoso y alegre, igual que aquel en que celebramos nuestra licenciatura. El escenario, el mismo; el jardín, ya abandonado, de «La Huer-ta», y un fondo musical, según ahora se dice, de chotis en piano de manubrio. Residuos eran éstos, a punto de desaparecer entonces, de aquella Bombilla de nuestra mocedad, con sus *bailongos* de «Casa Juan» y sus *reservados* de «Niza». Pasemos de largo sobre estas evocaciones, que hoy es moda exhibir con hongos apolillados, pañuelos de flecos, desteñidos, y largas faldas de percal *planchao*...

### TRÁS LA GUERRA CIVIL

Años después—¿cuántos?... muchos, pues habían pasado entre ellos los tristes y trágicos de nuestra guerra civil—volvimos gran parte de los supervivientes a reunirnos en este acogedor Casino de Madrid. En prueba de elegancia espiritual no hubo, tras el ágape, ofrendas, brindis, apostillas ni discursos, sino unas rimas inspiradísimas de Pajares. Acabábamos de vivir—si aquello era vivir—un largo período de incontinencias verbales, más o menos elocuentes, pero siempre estridentes y desaforadas, que fueron también, ya que no fondo musical, el acompañamiento tragicómico de la contienda. En compensación a la falta de este número final, indispensable en actos tales, que habitualmente corrió a mi cargo, y que por ello no fué jamás un número de fuerza, escribí en *Práctica Médica* «Los de mi tiempo», que, en folleto aparte, tuve la satisfacción de enviar a todos. Allí, según recordaréis, tracé, imparcial y desapasionado, las características generales del grupo que constituyó la promoción de 1908. Y, a la vez, el perfil original y vigoroso de muchos compañeros, entre los que ya habían muerto y los supervivientes. Por desventura, de entonces acá, el número de estos últimos ha disminuído de tal manera, que a la hora presente, de los 170 que ter-

minamos juntos la carrera, no quedamos más de 40; los que estamos aquí y los que no han podido, por muy respetables motivos, acompañarnos. Para ellos, un saludo cordial.

### LOS MAESTROS Y SU ANECDOTARIO

No voy a repetir cuanto entonces escribí sobre todos, que, si bien halagüeño, restringiría el tiempo y el espacio que a la recordación de nuestros maestros de la Facultad quiero dedicar en esta hora feliz de convivencia, transida de emoción, porque estamos ya, entrañables amigos, en la última vuelta del camino. Desde ella debemos rememorar, lealmente y con afecto, a todos, sin excepción, y juzgar con benevolencia su magisterio. Respondía éste al patrón de la época, en la cual, dentro de San Carlos, constituía innovación beneficiosa la escuela de Oloriz, San Martín y Alonso Sañudo, que no tuvo, en verdad, la fortuna de disfrutar nuestra promoción. No obstante, a aquel grupo glorioso podemos adscribir sin desdoro a Gómez Ocaña, olvidado injustamente, según ha poco me sugería con razón Alvarez Sierra—cuya pluma benemérita actualiza perseverante hechos y nombres que no debieron caer jamás en el olvido y al que debemos nosotros gratitud. Recíbala también por su adhesión generosa nuestro admirado amigo Fernán Pérez—. Cajal constituía caso aparte y sin par. A propósito de él, conservamos, como una reliquia, los de la promoción, su mejor retrato fotográfico con una entrañable dedicatoria.

Si os place salpimentar esta rememoración con algunas anécdotas, recordad al buen don Francisco Criado y Aguilar en la clínica o en la consulta. («Repárese, alumno, repárese: madre escuálida, famélica, hijo raquíptico...») «Oiga, señor, que yo no soy su madre, que soy una vecina, y que no soy tampoco eso... Nos ha *amolao*...» «Cállese ya, mujer impertinente», replica, impávido, don Francisco. «Bájese, alumno, bájese...» El alumno, que ahora os dirige la palabra, procura exhibir lo mejor que puede su metro ochenta y cinco o noventa de estatura... «El alumno es alto, fuerte, de buen color. ¿De qué tierra es el alumno?» «De la suya, don Francisco, de Valladolid», responde, turbado. «Cualquiera lo diría...» murmura él, y continúa su lección magistral junto a una cuna.) Recordad a aquel gran don Amalio Gimeno, que hubiera sido quizá un maestro ejemplar si el teatro Real no funcionara por aquellos tiempos, coincidiendo como es lógico sus temporadas con el curso escolar. «Es tan melómano...», disculpábale yo humorísticamente ante el

inolvidable Valentín Recatero, que me replicaba rápido: «¿Es que eso se llama ahora así?...» No recuerdo bien si fué cuando el Real se cerró o cuando dejó de oírse en él la voz de una célebre contralto cuando nuestro don Amalio fué todo lo que quiso, hasta hombre madrugador y excelente ministro de Marina... Recordad a don Tomás Maestre, de exuberante vitalidad y extraordinario dinamismo, que le permitían ser asiduo en la cátedra, atender al laboratorio de Medicina Legal, hacer luminosos informes periciales, poner el alma en la defensa de los reos de Mazarete y polemizar en la prensa diaria sobre lo humano y lo divino con el reverendo Padre Zacarías. Recordad, por último, a don Ramón Jiménez, que, desdeñando todo academicismo en la explicación teórica de su asignatura, nos enseñó diestramente, a punta de bisturí, la técnica quirúrgica, y el ejercicio de ella con dignidad y honradez profesional. Si no dejó obra escrita, ha hecho perdurable su memoria la muy meritoria labor de sus hijos, que honraron y honran su apellido, el mayor de los cuales, que llevaba su mismo nombre, fué de por vida amigo mío fraternal.

Dios ha querido conservar entre nosotros de aquella pléyade de figuras relevantes, de densa humanidad, a Márquez, quien, expatriado en Méjico, se redimió de su proverbial tacañería con la fundación reciente de becas para estudiantes pobres; a Tello—sabiduría, modestia y bondad—, recluso voluntariamente en su hotel de la Colonia de la Residencia, y a Hernando, en plena y fecunda actividad profesional. («Ya que no puede usted citar un analéptico, ni un cardiotónico, ni un colerético, indíqueme, a ver si esto lo sabe, un afrodisíaco.» «El café», responde el ignorante. «Será el de camareras», aclara el profesor...).

#### ALGO MÁS AÚN SOBRE LA VEJEZ

Y ahora, cuando, sin ser lo que se dice viejos, estamos lo bastante deteriorados por el uso para poder hablar de la vejez, quiero, con unas intrascendentes reflexiones, echar mi cuarto a espadas sobre el tema, tema de nuestro tiempo, que lo es de geriatrícos, gerontólogos y aun gerontómanos a granel...

Ni defensa intransigente del concepto ciceroniano y optimista, como se ha mantenido por muchos en el transcurso de los siglos, y últimamente, con singular maestría, por nuestro Duque Sampayo—el cardiólogo insigne, que fué entrañable amigo mío—poco antes de morir; ni tampoco la exaltación de su tristeza, con el cortejo—incluíble casi siempre—de enfermedades, deficiencias, alteraciones y trastornos funcionales que la determinan o la acompañan. Es lo cierto que, por regla general, los más acérrimos optimistas no han traspuesto aún la madurez. Y los que, entre ellos, disfrutaban de edad avanzada—exigua minoría—son optimistas por eso, porque la disfrutaban, como el filósofo inglés Bertrand Russel, el arquetipo de ellos, que a los sesenta y tres años, en 1936, se casaba por tercera vez, ésta con su secretaria, de veintiocho años, y tenía con ella un hijo; que, en 1940, pretendía luchar contra los alemanes; que, a los setenta y seis años, al caer el avión en que viajaba en las aguas heladas del fiordo de Trondheim, en Noruega, catástrofe en la que perecieron 19 personas, él se salvó nadando como un tritón, y que hoy, según refiere la prensa, a sus ochenta y seis años de edad, siente «intensamente—son sus palabras—la alegría de vivir, y desearía

conocer cómo será el próximo capítulo del libro del destino humano».

En cuanto a la cacareada tristeza de la senectud, mejor dicho, por lo que a los viejos amargados y tristes afecta, no es su incapacidad para bajar y para divertirse ni el temor a la muerte lo que generalmente agría su carácter, convirtiéndolos en viejos *casarrabias*; son los sufrimientos físicos y las torturas morales lo que casi siempre entristece los últimos años de su vida. Sin existir tales motivos, yo creo firmemente que la amargura de la senectud fué antes tristeza o misantropía en la madurez, seriedad en la juventud y falta de alegría en la infancia, es decir, que el biotipo humano se mantiene generalmente, con las naturales modificaciones que imprimen la evolución y el deterioro orgánico y mental de los años. Por eso tiene su fondo de verdad lo de «genio y figura hasta la sepultura».

El hombre normal y equilibrado debe ser aquel que sabe aceptar—como habréis sabido vosotros—en el transcurso de la vida sus inevitables contratiempos con espíritu de conformidad, al que entristece sin afligirle ni desesperarle la desgracia, y que, en vez de abatirse, se resigna con los infortunios, todo lo cual forma la cruz que pesa sobre el destino humano. La vejez, pues, no es fácil que se acomode de alegría ni necesariamente de tristeza y temor. Por eso me parece pueril aconsejar al viejo.

En cuanto al terror o rebeldía ante la muerte próxima—lejos aún del tiempo, anunciado solemnemente por el biólogo francés Rostand, en que la apeteceremos tranquilos, como apetecemos el sueño, tras ciento veinte años de vida feliz, lo que acontecerá, según él, en el segundo milenio de nuestra era—, la verdad es que, o no existe ordinariamente tal terror o de él se evade con facilidad el anciano en el caso, ya expuesto, de ser afortunado o equilibrado y normal. Y únicamente cuando las circunstancias particulares le fuerzan a acordarse de la muerte es cuando la teme, porque—según en estos días apuntaba González Ruiz humorísticamente—de este desdichado mundo, por más que renegemos de él, nadie se va si no es a la fuerza.

Todo lo cual no necesita esclarecimientos, que esto—como decía el ateneísta que conoció «Juan de Mairena»—hasta las señoras lo comprenden...

#### UN CONSEJO FINAL Y UNA OFRENDA

Para terminar—que ya es tiempo, y en previsión de que, por ser malo, nos impida, como en los toros, reunirnos otra vez dentro de veinticinco años—, quiero hacer una recomendación escueta y breve. A la hora—no muy lejana—de rendir cuentas de nuestra vida, si en la balanza de la suprema justicia veis que la divina misericordia no basta a hacer liviano el platillo cargado con nuestras culpas, no dejéis de argüir, por si de algo sirve, que sois *del ocho*, del 1908, de esta promoción ejemplar de profesionales que, sin excepción conocida, vivieron y laboraron dignamente. Y añadid que a ella perteneció, como compañero honorario, el arzobispo de Sión, doctor Luis Alonso Muñozerro, quien en su elevada misión sacerdotal, intervino tantas veces en actos solemnes de la vida privada de muchos de nosotros y que, en los más trascendentales de nuestra vida colectiva, quiso—oídlo bien, quiso—estar presente, compartiendo las penas y las alegrías de todos, y en nuestra mesa el vino y el pan... Sea para él, ahora como siempre, el férvido homenaje de nuestro afecto entrañable y de nuestra gratitud.